

## ODISEA DE DOLOR

Para algunos ya es historia,  
no parece ya real;  
para otros nunca ha sido,  
no se atreven a pensar.

...

¿Cómo te llamas?  
¿Adónde vas y de dónde vienes?  
¿Por qué estás tan solo?

Por qué estoy tan solo  
me preguntas,  
y te digo  
que estoy solo únicamente  
porque tú no estás conmigo.

¿Quién eres?

Parte de mí ya no existe,  
los que me enseñaron a ser  
ya no están,  
y ya estoy cansado  
de preguntar.

¿Qué pretendes?

Qué me queda

si no es el imitar  
a la tierra en su estoicismo,  
soportando  
la desidia de los hombres,  
que su rostro desfiguran  
con arados de ominosa esclavitud.

Buscaré un rincón,  
y en él pondré mi lecho;  
soñaré que he encontrado:  
Paz,  
Justicia  
y Libertad.

. . .

¡Despertad!  
Que ya llega  
interrumpiendo la escritura  
y rasgando  
el lastimado sentimiento,  
el ingente griterío,  
la sonrisa  
que se ahoga entre gemidos,  
y el concierto silencioso  
de las manos  
sacudiéndose  
la ira del tirano.

Suenan himnos y clarines,  
belicosos paladines

se aproximan;  
la batalla  
sobre el valle está cayendo.

...

Deteneos un momento,  
no hagáis ruido;  
invocad  
a la figura del silencio,  
que aún el niño está dormido.  
No rompáis  
los tesoros de su sueño.

¡Por piedad!  
No saltéis sobre la cerca,  
no piséis este jardín  
que ha florecido.  
¡Amor merece más respeto!

...

Lo siento madre ...  
debo irme.  
Dile al viento  
que no vaya a despedirme.  
No te aflijas  
que muy pronto volveré.

No te vayas sin dejarme  
algún recuerdo.

Cuatrocientos ...

Lleva un poco de ternura  
en tu mochila.

Setecientos ...

Y una muda bendición  
en tu cabello.

Mil doscientos ...

No te olvides de reír  
de vez en cuando.

Cien mil ...

No permitas que en tu pecho  
se incruste la maldad.

Corazones en el frente.

...

Sobre el campo de batalla  
se eleva la gran sombra,  
al ritmo  
de estruendos y sollozos;  
quebrando  
la esperanza del mañana,  
borrando en poco tiempo  
todo rasgo de inocencia.  
Brotan tristes de la herida  
que han sufrido los violines,  
notas fúnebres,  
sepultando la ilusión  
de los novios que soñaban.  
Y en medio  
de esta noche sin luna,

se escucha el angustioso  
soliloquio del soldado:

Ya no hay flores en la tierra  
niña mía.  
Sórdida maleza  
prolifera entre las almas  
que no se aman como antes;  
y aun así  
sólo puedo ir recogiendo  
bendiciones para ti.

La aridez me sobrecoge  
y tiemblo a veces  
evocando entre sollozos  
tu mirada,  
para recobrar las fuerzas  
y querer seguir viviendo.  
Pero luego  
me consuela el comprobar  
que la noche está estrellada,  
y descubrir que en este cielo,  
tan inmenso,  
no hay fronteras ni horizontes,  
que me impidan  
elevarme hacia tus sueños.

. . .

La luz,  
la luz se apaga.

El sol,  
el sol se enfría.  
Alerta están los ojos  
y las manos  
tras las celosías.  
El silencio muere  
y no respira más.

. . .

Ecos abiertos,  
por la violencia del saludo  
acuden hoy hasta mí.

La vitalidad  
de la multitud  
se acurruca tras las piedras  
y acaricia raíces,  
buscando el origen  
de tanta maldad que se eleva.

¿Quién dará las respuestas?  
¿Quién podrá detener  
el alud que se acerca?

Mientras pienso,  
tiemblo,  
y mi razón pretende  
construir muchos puentes,  
y proponer un desvío  
para el tren desbocado;

pero se ha hecho tarde.

. . .

Soldado,  
muchacho.  
Viniendo  
de otros brazos,  
tan de pronto  
te encontraste rodeado  
por los brazos puntiagudos  
de la guerra.  
Y ahora  
debes contribuir a ella  
con tu sangre y tu energía.

Voces estridentes,  
cínica ignominia,  
tímidos gemidos,  
y el repentino burbujeo  
de los corazones derretidos,  
van borrando  
tus lejanos juegos infantiles.

Pétalos dormidos,  
sollozos de luna,  
y melodías maternas  
que formaron parte de tu cuna.  
Torres y castillos,  
príncipes y reyes,  
párrafos de regia fantasía.

Dulces aventuras  
y albos pensamientos  
van cayendo  
bajo el odio  
del cañón de turno.

Al partir  
tu madre te entregó  
un bendito tónico de amores,  
mas cuando irrumpió  
el veneno alado  
destruyendo el núcleo de tu fila,  
viste tu mochila  
llena de agujeros,  
y en el centro mismo  
de la tierra  
presentiste aquel  
líquido de amores derramado.

. . .

Fusil ...  
maligna red de proyectiles  
dispersando indiferencia  
en el aire;  
tragedia de cerebros  
sin conciencias.

Sangriento código de idiomas,  
sonrisas contrahechas,  
vuelo interrumpido de palomas.

Sentimiento corroído  
por el óxido terreno,  
liberado de su ciclo  
por el hombre enceguecido  
en su pecado.

Montaña triturada,  
deslizándose hacia fin  
del precipicio.

Es rictus de dolor indescriptible.

Es la guerra,  
que no surgió de pronto  
entre los mudos  
y asombrados árboles.  
Ni siquiera  
provino de las nubes.  
Tan sólo  
fue inventada por el hombre,  
en un funesto arranque de locura.

. . .

¡Noche  
henchida de frío y desaliento!  
Sombras que furtivas  
se esconden  
tras el tanque que destruye  
otras sombras fugitivas.

Apocalipsis de luna  
tras las nubes.  
Exodo de estrellas  
en los ojos.  
Hiere el aire,  
y rechinan los dientes  
gélidos de agreste desvarío.

Plaga de langostas  
que revolotean  
sobre los sembrados corazones.  
¡Sin duda  
la cosecha será escasa!

. . .

Tan quieto  
te has quedado,  
tan sereno y pensativo;  
y tus labios  
ya no intentan  
el intrépido galope  
sobre el valle de las voces,  
conmovido ahora  
por gemidos  
que traslada el viento  
desde el valle a la ribera,  
recorriendo los confines  
de esta selva.  
Pero no es la primitiva,  
la frondosa,

la enigmática, fragante;  
sino es la sanguinolenta,  
la terrible, la violenta,  
la que estruja corazones  
y que hambrienta  
se arroja  
sobre el cuerpo  
del que yace moribundo  
a la orilla del camino.

. . .

No canciones  
sino llanto vagabundo.  
No medallas  
sino heridas en el pecho.  
No saludo  
sino insulto de metralla.  
No sonrisa  
sino mueca de dolor  
en el acecho.

. . .

Se prudente hijo;  
sobre ti se asoma  
felino,  
implacable y certero,  
el brillante deslíz del puñal.

¿Ves allá al final aquel castillo?

En algún lugar  
de sus milenarios pasadizos  
dibujé mil juegos  
cuando niño.  
Ya no están mis sueños  
dispersos,  
en un metafísico desorden,  
sobre su arrugado  
puente levadizo.  
Hoy lo han convertido,  
no por accidente,  
en otro de aquellos  
trágicos umbrales de la muerte.

. . .

Amor es todo un libro  
pero hay algunos  
que pretenden reducirlo  
a un capítulo inconcluso.  
Y aún así es impreso  
en un lenguaje incomprensible  
para el niño  
que no sabe a quien amar.

¡Oh poeta!  
Advertid al editor  
que con nuevas ediciones  
no podrá cambiar jamás

los sensibles corazones  
en murallas de granito.

. . .

¡Profesor!  
Perdonadme la ignorancia,  
explicadme la importancia  
del cometa  
para el hombre  
que agoniza tras las rejas.

¡Capitán!  
Ordenad al batallón  
que componga una canción  
para alegrar a los heridos.

. . .

¡Volved vuestras espaldas  
al próclame asesino!

Proteged aquella espiga  
que en la tierra  
sembró Dios en un principio,  
antes que Caín  
diera muerte a Abel,  
confundiendo  
a hermanos y asesinos.

. . .

¡Cuántas manos temblorosas  
se entrecruzan,  
y agónicas disputan  
el hermoso privilegio  
de alcanzar el fruto escaso,  
buscando en él:  
Su luz,  
su valentía y fortaleza,  
el antídoto eficaz de su tristeza,  
y su perenne juventud.  
Su ayer,  
su hoy y su mañana,  
su mar sereno,  
y su horizonte de ilusión.  
Su verdad,  
su grito de esperanza,  
y la caricia  
que nivele la balanza  
que sopesa su alegría y su dolor.  
Su identidad,  
su manantial de dicha eterna  
y su ración de Libertad.

...

¿Qué te han hecho pequeñuelo  
que miras tan fijo al cielo?

No respondas,  
no hace falta ...

ya lo he comprendido todo.  
Te han juzgado  
en un juicio imaginario  
y tu huerto han condenado  
a podrirse antes de tiempo.

Aún hay sangre coagulada  
sobre el césped de tu frente.  
No vaciles,  
ve a enjuagarla  
con el hálito inmortal  
de la vertiente  
que la pólvora insolente  
no ha podido evaporar.

...

¿Y tú quien eres?

Yo soy la paloma de la Paz.  
Estoy cansada de volar  
de palomar en palomar;  
pues el hombre aduce  
mil razones,  
al verme llevar frutos  
desde el valle  
hasta mi nido,  
para detenerme en el retorno  
y desvalijar mi cofre alado.

...

¡Qué soledad!  
Qué soledad más húmeda  
de llanto  
y sangre derramada.  
Que laxitud de multitudes  
saturada de tanto  
silencio incomprensible.

Las palabras caen;  
poco a poco se deslizan  
los lamentos  
sobre  
la resquebrajada plataforma,  
trágico fragor de lucha otrora,  
ahora ...  
sólo cementerio  
lúgubre de amores.

...

Niño,  
duerme ya  
que se hace tarde  
y el crepúsculo se llena  
de agujeros luminosos,  
que prometen muchos sueños  
a los niños  
que están tristes como tú.

Yo me iré  
en busca de otras luces,

donde existan otros prados  
y la sangre no me acuse.

...

¡Qué pertinaz escapatoria  
del blindado fantasmal  
que nos persigue,  
para aplastar  
nuestros deseos de vivir!

Las manos vuelan  
al firmamento,  
atiborrado  
por astros nómades,  
y aves silvestres  
de sangre azul.

...

¡Oh humanidad  
enferma y dolorida!

Sé que de tanto  
mirar al cielo,  
por ver a un ángel  
blandir la espada  
de la Justicia,  
vuestras pupilas  
quedaron brillantes,  
y vuestra piel empalideció.

¿No escucháis la voz  
del Amor que clama  
por entrar a la ciudad?

...

¡Sea la Paz!

Así de simple,  
porque la desea  
mi alma.  
Fluya en mi interior  
sin cesar jamás.

...

¡Cielo, Cielo, Cielo!  
¿Qué más podía ser?

Cúmplase el tiempo,  
y ábranse los sellos  
de la gran Verdad.

Justo hubo uno,  
murió por todos.

Principio y Fin.